

Edmund De Waal



Seguramente les parecerá prosaica la comparación, pero esta humilde y a la par excelsa obra me recordó - una vez asimilé su propósito - la sugerente escena del largometraje de 1960 *La Máquina del Tiempo*, donde el protagonista desde su asiento a bordo del artefacto observaba asombrado como todo mutaba continuamente, flora, fauna, clima, tiendas, edificios, etc, permaneciendo inalterado solo el ámbito donde se encontraba él. Con una idea similar Edmund de Waal, un ceramista de prestigio que no había creado literariamente algo semejante antes, elige su propia máquina del tiempo, una vitrina con una colección de *netsuke** japoneses que han pasado de mano en mano en su familia, de ciudad en ciudad y de siglo en siglo siendo testigos desde su estatismo de los grandes acontecimientos de tres centurias.

París, Viena, Tokio, Odessa y Londres son geográficamente las localizaciones de esta obra en la que De Waal parece retratar a su familia, los Ephrussi, judíos de origen ruso, cuyo patriarca decidió que se extendieran por toda Europa a finales del siglo XIX. Charles viaja a París en donde el arte japonés comienza a importarse causando un fuerte impacto en los coleccionistas. Él, decide traerse una vitrina llena de netsuke, más de doscientos sesenta. La vida de Charles aparece reflejada en detalle flotando sobre las vicisitudes finiseculares de un París floreciente. Emmy, casada con Viktor Ephrussi en Viena recibirá como regalo de boda la vitrina procedente de París y con ella vivirá lo mejor y lo peor de la familia, el éxito de su esposo banquero, la magnífica casa de la Ringstrasse y los juegos con los netsuke de sus hijos, pero también la Gran guerra, la crisis posterior y la terrible -sobre todo para una familia judía - Anschluss de Austria por parte de Hitler. Iggie, el hijo moderno de Emmy será el siguiente propietario de los *netsuke* y Tokio su destino.

La palabra nostalgia no aparece hasta después de doscientas páginas, cuidadosamente ocultada para no perturbar el buen orden que el autor ha querido dar a su relato. Su vacío se siente, se percibe en cada detalle que De Waal, un Ephrussi actual y heredero de los netsuke, nos cuenta sobre ellos y sobre su familia.

2017-2018

Tertulias literarias

La liebre con ojos de ámbar no es una novela, ni un ensayo, ni un documento o alegato. Es un objeto de arte que releer y visitar continuamente, es una colección de imágenes que explican el mundo, es un terso viaje en el tiempo que intenta desentrañar el cambio de la edad moderna a la contemporánea con el oficio, la paciencia y la tenacidad que solo un artesano como él puede hacer. Es un nostálgico manifiesto que impacta por su suavidad. Una obra que su lector nunca podrá olvidar y que vendrá a su memoria siempre que se hable de París, Viena o el arte japonés.

*Los netsuke son esculturas en miniatura que aparecieron en el s. XVI para satisfacer una necesidad práctica -como pasadores para sujetar el injo, la caja plana donde se llevaban los objetos para la vida cotidiana sujetos a la faja del kimono. Manufacturados en marfil o madera de boj sus artesanos se convirtieron en maestros dejando su impronta personal sobre cada uno de ellos.

Una historia (en verdad) extraordinaria (Revista Arcadia, outubro 2012)

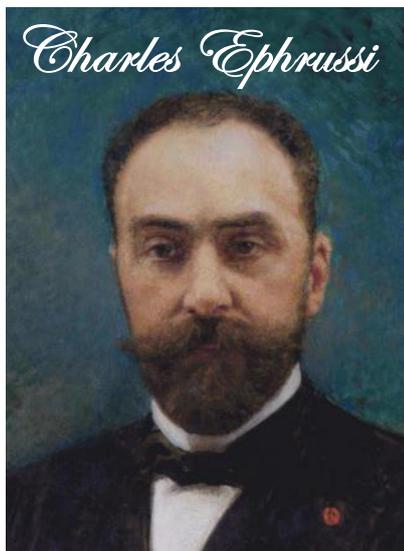
Edmund de Waal es uno de los más importantes ceramistas ingleses de nuestro tiempo; sus obras se exhiben en los museos más renombrados y recibe encargos de coleccionistas y curadores destacados. También es una voz respetada en la crítica de arte, en particular en los debates sobre el lugar que corresponde a la cerámica entre las artes plásticas.



Dados esos antecedentes, en el 2010, cuando apareció este libro sobre el cual él mismo dice que “no sé si se trata de mi familia, de la memoria o de mí, o si sigue siendo un libro sobre miniaturas japonesas”, los primeros comentarios dejaban ver cierto tono de sorpresa ante la calidad literaria de la primera publicación de un autor que, después de todo, se expresa fundamentalmente con objetos. Tras la avalancha de críticas favorables, premios y éxito de ventas en todos los países que se ha editado, los lectores de esta oportuna y muy buena traducción de Marcelo Cohen podrán encontrar algo menos usual que una sorpresa: la sensación de que las más altas expectativas que se puedan tener sobre un texto quedan plenamente satisfechas.

El punto de partida del libro es, en sí mismo, muy particular: en 1994 De Waal recibe como herencia una “colección muy grande de objetos muy pequeños”: 264 netsuke, esculturas en miniatura elaboradas en marfil o maderas preciosas que usaban los japoneses de los siglos XVIII y XIX como remate de las cuerdas con las que ataban a sus kimonos los talegos o cajas de diversos materiales que cumplían la función de los bolsillos. El heredero de estos objetos, para quien “la forma como se manipulan, se usan y se pasan los objetos no es una pregunta tibiamente interesante”, se siente un poco abrumado al verse como custodio de una colección que ha estado en poder de su familia por más de un siglo. Para asumir su papel decide visitar los lugares en los que se conservaron, se exhibieron o se ocultaron las miniaturas y seguir los pasos de los antepasados que las adquirieron, las poseyeron y las obsequiaron; además, escribirá sobre ello.

Tertulias literarias



Esos antepasados tampoco son comunes y corrientes. La familia Ephrussi fue, en su época de esplendor, una de las más ricas de Europa, apenas comprable por su fortuna y la extensión de sus negocios con los Rothschild, con quienes compartían su origen judío. De Waal, entonces, se da a la tarea de comprender cómo sería vivir con su tío bisabuelo en un palacio del París de la Belle Époque, moviéndose en los círculos de Proust, encargando pinturas a los recientemente aceptados impresionistas y defendiéndose de los ataques que aparecían en público en los periódicos que se ocupaban del caso Dreyfus o que se expresaban en privado en los diarios de los hermanos Goncourt. Siguiendo el rastro de los netsuke y de los bisabuelos del autor llegamos a otra mansión, en este caso en la Viena del emperador Francisco José, de Freud, de Mahler... y de Hitler. Finalmente, por un nuevo revolcón de la historia, las miniaturas retornan a su origen, en poder de otro personaje que tampoco estaría fuera de lugar en una novela: un sofisticado

banquero homosexual, tío abuelo del autor, que logró asimilarse al Japón pobre y devastado de la inmediata posguerra.

Esta crónica familiar, conmovedora sin caer nunca en lo sentimental, recoge con minuciosidad pero con una agradable reserva, historias de un siglo de cambios y tragedias, nos pone en medio de testimonios y recuerdos dignos de preservación y nos desafía con ideas sobre el arte, el coleccionismo, la inclusión y la familia. Un libro fascinante en el sentido literal de la palabra, que ofrece una saga comparable a *Los Buddenbrook*, con personajes que interesaron al mismo Proust y una trama que no rechazaría Joseph Roth. ¿Acaso ahora lo apropiado sería presentar a Edmund de Waal como un gran escritor que también hace magníficas piezas de cerámica?

De Waal, el hombre que habla con las miniaturas

El ceramista británico Edmund de Waal heredó de un tío suyo 264 netsukes, unas delicadas miniaturas japonesas. ¿Qué habrán visto desde que fueron creadas?, se preguntó
(*La Vanguardia*, xullo 2012)

La respuesta es *La liebre con ojos de ámbar*, una apasionante, bella y sutil historia de su familia, poblada de banqueros, aristócratas y artistas, con cameos de Proust, Renoir, Strauss, Rilke, la reina de Inglaterra, los Rotschild... El libro, del que se han vendido 500.000 ejemplares en el Reino Unido, y que se ha traducido en 24 países, llega a España.

Todo empezó cuando su tío abuelo Iggie murió en Tokio en 1994. El británico Edmund de Waal heredaba una impresionante y diminuta colección de netsukes y se propuso contar su historia, narrar todo lo que debían de haber visto, por ejemplo, los ojos de ámbar de esa liebre que no podía dejar de observar. “Mientras hacía rodar esos objetos en mis dedos, o los llevaba en el bolsillo como amuletos, quería saber los sitios donde habían estado, entrar en las habitaciones donde hubieran vivido: quería saber incluso qué cuadros colgaban en las paredes, y cómo entraba la luz por las ventanas”.

Tertulias literarias

De Waal es uno de los ceramistas contemporáneos más cotizados del Reino Unido, y este año prepara exposiciones de su obra en Ámsterdam y Nueva York. Tras visitar su taller en Londres, dominado por un intenso color blanco, el periodista le acompaña en taxi al Victoria & Albert Museum, en cuya planta superior se exhibe, de modo insólito, una muestra de su trabajo: provocativamente, ha decidido mostrarla en lo alto de la cúpula, alrededor de la base de la bóveda, es decir, que sus 425 piezas – todas, de un blanco inmaculado– reposan en un lugar con visibilidad reducida y a una gran distancia del espectador. “Es mi respuesta a la apabullante colección de este museo. Mi idea es ofrecer un mensaje oculto, algo inesperado. Como en mi libro...”.



A él lo que le gusta de verdad es “pasar horas en mi taller, sentado con mis cerámicas, moldeando... Esa es mi identidad. Tengo serios problemas en verme como escritor, yo soy más bien un hacedor. Los libros son objetos que construyo, del mismo modo que hago un jarrón. Parece ridículo pero, para mí, el lenguaje es la arcilla, un material intensamente físico. Pienso mucho en el espacio donde todo sucede, las ciudades, las habitaciones, las calles... y las esculpo o pinto con una paleta de palabras y frases. Puede sonar como que estoy loco, pero es mi modo de trabajar. No distingo el torno de alfarero del procesador de textos, todo está conectado, muchas de mis obras como ceramista proceden de lecturas de literatura, y veo la estructura del lenguaje en las formas de un jarrón”.

Lleva un netsuke en el bolsillo, luego en la mano, lo toca continuamente, es una castaña de madera con una incrustación de marfil, y parece darle seguridad. Lo pasa, como si pudiera transmitir algo. “¿No nota nada? Es algo muy simple y pequeño, pero condensa enormes cantidades de pensamiento – dice–. Son auténticas esculturas en miniatura, muy precisas y detalladas, hechas con gran destreza. Originarias del Japón del XVI, su fin inicial era práctico, como aguantar la faja del kimono. A partir del XVIII, empiezan a elaborarse con materiales delicados, y se transforman en objetos preciosos, a los que cada artesano imprime su sello. ¿Ven? Hay de todo: un monje que ríe, un lobo, un samurái con espada y casco, un tigre rugiendo, un níspero, tres sapos, una rata...”.

En *La liebre con ojos de ámbar* –que publican simultáneamente Acanalado en español y Quaderns Crema en catalán– aparecen, como personajes secundarios, Proust, Monet, Manet, Degas, Renoir, Strausss, Schiele, Rilke... Todos ellos tienen que ver con la familia de De Waal, los Ephrussi, una estirpe de banqueros judíos que financió gobiernos, obras públicas, trazados de ferrocarril y a algunos de los mayores artistas de la historia. No es casualidad que en algunas de las pinturas que forman parte de la historia del arte aparezcan sus antepasados. Por ejemplo, en *El almuerzo de los remeros* de Renoir está Charles Ephrussi –al menos, su nuca–, el mismo que inspiró a Proust el personaje de Charles Swann, de *la Recherche*. Las hijas de la amante del banquero fueron también pintadas por Renoir por encargo de Ephrussi, quien tuvo que soportar que la chica lo dejara “por el entonces príncipe de la corona española, Alfonso, futuro rey”.

Tertulias literarias

“Mi abuela –cuenta De Waal– me hablaba de Proust, lo releía cada dos años, y un día me dijo: ‘¿Sabes que Charles Swann es pariente nuestro?’ Luego me di cuenta de que muchos objetos de la casa familiar en París eran mencionados en libros de Proust. Ambos, Swann y Ephrussi, son judíos, *hommes du monde*, con un campo social que abarca desde la realeza –Charles fue guía parisino de la reina Victoria– hasta los talleres de los artistas. Ambos son expertos en arte, coleccionistas, mecenas de los impresionistas, figuras incongruentes, diletantes y familiares, que aconsejan a las damas de sociedad qué pinturas comprar y cómo decorar sus casas; son dandis, caballeros de la Legion de Honor, apasionados del japonés. Ambos toman partido por Dreyfuss, el militar judío acusado injustamente de traidor. Degas, Cézanne y Renoir se enemistaron seriamente con Charles Ephrussi, pues todos estaban convencidos de que Dreyfuss era culpable. De hecho, la policía vino a buscar a Zola, que había publicado su célebre artículo *J'accuse* en defensa de Dreyfuss, a casa de mi familia, pues creían que se escondía allí”. Charles Ephrussi fue el primer poseedor europeo de los netsuke y quien los envió a Viena como regalo de bodas a un primo.



Del París de los salones, el narrador del libro transporta, junto a los netsukes, a esa Viena prebélica en la que bullían poderosas escuelas de economía, física teórica, filosofía, derecho, psicoanálisis (con Freud y Adler) o historia del arte... Un lugar donde las figuritas vieron entrecruzarse extraordinarios conocimientos e ideas con feroces rivalidades. Esa Viena en la que su bisabuela se carteaba con Rilke – “un gran poeta, pero un auténtico esnob, siempre detrás de las jóvenes”– o alternaba con Richard Strauss.

Si lo más importante de un libro es la voz que cuenta la historia, el punto de vista, De Waal confiesa que “al empezar a escribir, lo hice de un modo muy académico, es decir: señores, les voy a hablar del arte

japonés, del antisemitismo... y, a medida que iba escribiendo, el tono me sonaba impostado, poco auténtico. Era falso. No había trabajado la voz, solamente los datos. Ese libro no estaba diciendo nada acerca de mi genio particular, y decidí que yo tenía que aparecer en el texto”. De ahí que el libro sea también una descripción del proceso creativo, con De Waal siendo presa del cansancio, la ansiedad, las dudas... “No es algo sencillo que explico en la pizarra sin implicarme; al contrario, enseñé mis complicaciones en la investigación, mis viajes, la aceleración del proceso, los atascos... La obsesión que todo lo inunda. Y la empatía con los personajes, porque los libros académicos no hablan de la pasión. En vez de hacer un ensayo sobre el erotismo, hablo de la amante de mi ancestro”. O, en vez de divagar sobre el amor, apunta sutilmente la relación homosexual de larga duración entre su tío abuelo Iggie y el japonés Jiro, en unos tiempos difíciles para ello.

La obra resultante es, según sus palabras, “un género híbrido, poco explorado, entre la historia del arte, el libro de viajes y las memorias”. A ratos se parece, por ejemplo, a las memorias del príncipe ruso Yusupov, a ratos suena a novela, a veces recuerda a Zweig, otras a W.G. Sebald, uno de sus referentes: “Sebald nos muestra que todo es posible, aunque hay que tener cuidado con intentar emularle, se puede caer en la nostalgia”. De Waal ha hecho caso a su abuela Elisabeth, que le

Tertulias literarias

criticaba, al leer sus poemas juveniles, la indefinición que había en ellos. “Ella odiaba la inexactitud emocional, desdibujar lo real en ráfagas de emoción. El mundo está lleno de malentendidos, de palabras ambivalentes y de gente que basa sus vidas en una malinterpretación. Los que nos dedicamos a escribir tenemos la obligación de ser precisos, que nuestras definiciones sean correctas. Porque eso es el lenguaje, algo que nos puede acercar a lo que vieron los testigos, es una herramienta de precisión para aproximarnos a las cosas. Y la melancolía es lo contrario, una vaguedad”.



La liebre con ojos de ámbar puede verse también como dos libros. La primera parte es una excursión por las mejores creaciones del arte y la cultura, del espíritu humano, en la atmósfera elegante de una aristocracia cultural, mientras que en la segunda parte irrumpe la persecución nazi contra los judíos y todo se desmorona. Los netsuke han visto lo mejor y lo peor de Europa y del hombre. “Quise mostrar cómo esta gente tenía la cultura como un elemento absolutamente vital en sus vidas, en un momento histórico excepcional que genera toda esa riqueza creativa. Escribir un libro sobre coleccionistas ricos no me apetecía nada, en el fondo sería como hojear un catálogo de Christie’s con nombres propios, yo quería un libro sobre la intersección entre vida y arte: si Renoir no llegaba a final de mes, esas cosas”. Todo surge de los detalles: la niña del vestido azul que retrató Renoir, por encargo de Charles Ephrussi, murió en Auschwitz.

Si la primera guerra mundial es vista como una catástrofe que enfrenta a primos e inicia una diáspora familiar, la segunda es el apocalipsis, con la violación de una casa –sí, de una casa– como el clímax del libro. El palacio familiar en Viena, con sus pilastras corintias, sus columnas dóricas, sus arquivadas, sus cuatro torres, sus hileras de cariátides sosteniendo el techo, sus valiosos cuadros y delicadas esculturas... sufrirá la barbarie, el día de la anexión de Austria al Tercer Reich. “Hoy es la sede de los Casinos de Austria, pero entonces ahí vivía mi familia. En la calle, había una marea de camisas pardas, estruendo de cláxones, policías con brazaletes con la esvástica... Y, de repente, todo eso entra en el patio y en la residencia. Después del ultraje de la casa, no es que no puedan dormir, es que no pueden ni acostarse”.

Tertulias literarias

El libro narra “cómo les van abandonando los criados, hasta que se quedan solos en la casa, con la excepción de la fiel Anna. No pueden entrar en su café, ni ir a su club, ni sentarse en un banco público, todo eso se ha prohibido para los judíos”.



La elegancia y precisión de la prosa de De Waal tiene una correspondencia invisible con los ambientes y lugares que describe. Si hay autores que utilizan elementos atmosféricos o geográficos para, en el fondo, hablar del alma de sus personajes, De Waal consigue lo mismo a través del interiorismo, de la descripción de pequeños objetos decorativos, arquitectónicos y artísticos. “Mi vida son los objetos, mi mundo es tocarlos, estudiar sus materiales, sus detalles y acabados. La idea de escribir sobre las posesiones, y cómo van pasando de una familia a otra, de unas casas a otras, de unos ambientes a otros, reflejar la vida doméstica... era fascinante. El mundo cabe en una miniatura”.

También se muestran los mecanismos de creación de valor de un arte exótico, como el japonés, que compraban los primeros marchantes a precios ridículos. O todas las tonalidades del racismo, el brutal pero también el más sutil, con el general McArthur identificando a los japoneses con los niños. “Se decía que comían con palillos porque carecían de aptitud para producir algo a gran escala, y que por eso su arte era pequeño, porque no podían crear nada profundo o sustancial”, dice.

La criada Anna es uno de los héroes de la historia. Curiosamente, el autor no conoce ni siquiera su nombre completo, a pesar de que fue ella la que salvó los netsukes de los nazis. “Es extraño, es un agujero, sucede en las historias reales, que no tienes nunca todos los datos, y la fantasía rellena los huecos dejados por el conocimiento. No sé nada sobre ella, pero sin ella no tendría los netsuke. Es un hueco significativo, y quise mostrar ese vacío en el libro, es un vacío al que vale la pena asomarse, revela mucho acerca de las relaciones entre amos y sirvientes”. Anna fue testigo de cómo los soldados de la Gestapo desvalijaban el palacio de Viena: primero la platería, luego la porcelana, las joyas, los vestidos, los libros... “Ella pensó: ¿qué podría salvar?; cada vez que pasaba por el vestidor de la baronesa pillaba tres o cuatro figuritas, las guardaba en el bolsillo del delantal y las llevaba a su habitación, donde las escondía en el colchón. Tardó tres meses en sacarlas todas. Y luego durmió encima durante años”.

Cuando la editorial publicó *La liebre con ojos de ámbar*, nada hacía presagiar ningún éxito especial. La tirada inicial fue de 3.000 ejemplares... y hoy, ya alcanza los 500.000 en inglés, con el libro vendido, además, a 24 países. De Waal lo comenta como azorado, con una risa tímida por la que asoma una modesta incomodidad: “Es de locos. Tengo muchos amigos escritores, y jamás han llegado a esas cifras. No soy estúpido, y reconozco que es algo enormemente halagador...”.

Ya trabaja en otro libro, sobre el color blanco. “Estoy empezando las investigaciones. Será un viaje al significado del blanco, y una obra sobre la obsesión, de nuevo. Me llevará años, tengo que trasladarme a China, por ejemplo, pero, entretanto, no dejaré de producir cerámica”, dice, a la puerta del museo,

Tertulias literarias

antes de despedirse. Al poco, corremos tras él... para devolverle el netsuke que nos había prestado. “Ya ven: mi despiste es una seria amenaza para la colección”, bromea.

Netsuke: el arte de lo mínimo (Blog Diminutopías, xullo 2014)

La estética japonesa siempre nos ha impactado por su belleza y expresividad, y no sólo en el arte de la pintura, la escultura o la arquitectura; muchos objetos artísticos que hoy pueblan los museos fueron en su día objetos de uso cotidiano.

Imagino que algunos habréis oído hablar de los *Netsuke*, pequeñas (pequeñísimas, apenas unos pocos centímetros) figuras japonesas realizadas en marfil -lo siento, antiguamente no había ninguna conciencia conservacionista- o madera y que representan animales, deidades, personajes variopintos y escenas de la vida popular japonesa.

Surgidas a principios del siglo XVII, se idearon como adorno para los cordeles que cerraban las bolsas en las que, a modo de bolsillos, se llevaban los objetos pequeños de uso personal en el atuendo tradicional. Su época de esplendor fue el período EDO, la edad de oro del arte japonés.

Su valoración ha crecido desde su creación, y hoy se consideran auténticas joyas y hacen furor entre los coleccionistas, vendiéndose a precios muy elevados, sobre todo las figuras antiguas. Como no podía ser de otra forma, la firma de los artistas que los tallan acompaña a las esculturas, para indicar la autoría de estas verdaderas obras de arte.



Causa asombro pensar cómo sus autores podían tallar en esa escala personajes y objetos con un detalle tan pasmoso. Y, sobre todo, con una minuciosidad que necesita de una contemplación muy, muy atenta para valorarla, pues la riqueza de elementos es espectacular.

Los artistas japoneses lograron con ellos plasmar un bello mundo ambulante e inagotable, de una belleza íntima que invita a la contemplación. Se diría que son figuras para contemplar con los ojos y los dedos, pues su tacto sedoso se desliza entre los dedos, que van puliéndolos como el mar hace con un canto rodado.

Su leyenda llegó a occidente más tardíamente, a finales del siglo XIX, cuando empezaron a introducirse por parte de coleccionistas ansiosos de descubrir objetos insólitos de fuera de Europa. Lo cuenta magníficamente Edmund de Waal en su precioso libro *La liebre con ojos de ámbar*, editado en España por Acantilado.

Inmersos en un relato autobiográfico e histórico (desde los orígenes de los antepasados del escritor, que sufrieron los avatares de la convulsa Europa de finales de siglo XIX y principios del XX, hasta

Tertulias literarias

nuestros días), la colección de netsuke del autor se convierte, en su mínimo formato, en el sigiloso testigo de una parte crucial de la reciente historia de Europa. París, Viena, Londres... los netsuke recorren un largo y accidentado camino, entre guerras que devastaron el continente, hasta llegar finalmente a manos de quien cuenta hoy su historia. Una gran aventura engarzada al hilo de un arte de lo mínimo que a los amantes de la belleza no puede sino causarnos admiración.

En la imagen adjunta aparecen algunos de los netsuke de la [colección de la familia Ephrussi](#) de la que habla el libro, con la liebre que da título al libro en primer plano.



En este enlace podéis ver una pequeña galería de ellos del [Metropolitan Museum of Art de Nueva York](#).



Fontes:

[Babelia](#)

[La Vanguardia](#)

[Revista Arcadia](#)

[El placer de la lectura](#)

[Blog Diminutopias](#)

[Arquivo documental das Tertulias Literarias \(dende 2010\)](#)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)

Tfno.: 981 639 511

Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org

Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>

